

Actitudes y experiencia sexual en mujeres jóvenes

Attitudes and sexual experience in young women

IÑIGO SAEZ URIBARRI* - CARMEN GUIJARRO SANTAMARÍA

SUMMARY

The Hudson et al Test (1983) has demonstrated an adequate internal consistency (Alpha = 0.81) as well as its validity for measuring sexual attitudes. This is due to the possibility of finding - by means of a canonical factorial analysis - three significant functions with a confidence level of 95%. These functions are entirely related, with the probability of having reached a given level of sexual experience in the 515 women from age 16 to 18 that have been studied. Additionally these functions appear to measure attitudes towards specific sexual behaviors, towards integrating sexuality within the family codes and towards sexual freedom. The corresponding canonical correlations with reference to the level of sexual experience were for the first function 0.4318 ($\text{Chi}^2_{51}=135.53838$; $p<0.0001$), for the second function 0.2847 ($\text{Chi}^2_{32}=58.892$; $p=0.0026$), and for the third function 0.2670 ($\text{Chi}^2_{15}=27.485$; $p=0.025$). The first function seems to be related to age. Along with the third function, it is also related to religion. The second and third functions are sensitive to the social context of the women studied: place of residence, school and type of studies that are being undertaken.

Key words: Sexual attitudes, Sexual initiation, Female sexuality, Euskadi.

RESUMEN

El test de Hudson y col. (1983) ha demostrado una aceptable consistencia interna (Alfa= 0.81) y su validez para medir actitudes sexuales. Esto último debido a la posibilidad de encontrar, a través de un análisis factorial canónico, tres funciones significativas a un nivel de confianza del 95%. Estas funciones están relacionadas, al máximo, con la probabilidad de que se haya alcanzado determinado nivel de experiencia sexual en las 515 mujeres de 16 a 18 años estudiadas. Dichas funciones parecen medir además, actitudes hacia determinados comportamientos sexuales, hacia la integración de la sexualidad dentro del ordenamiento familiar y hacia la libertad sexual. Sus correspondientes correlaciones canónicas respecto al nivel de experiencia sexual han sido para la primera 0.4318 ($\text{Chi}^2_{51}=135.538$; $p<0.0001$), la segunda de 0.2847 ($\text{Chi}^2_{32}=58.892$; $p=0.0026$), y la tercera de 0.2670 ($\text{Chi}^2_{15}=27.485$; $p=0.025$). La primera función aparece relacionada con la edad. También está relacionada, junto con la tercera, con la religión. La segunda y tercera son sensibles al contexto social de las mujeres: lugar de residencia, centro escolar y tipo de estudios cursados.

Palabras clave: Actitudes Sexuales, Iniciación Sexual, Sexualidad Femenina, Euskadi.

Un informe sobre el embarazo no deseado en adolescentes y jóvenes, emitido por el Ministerio de Sanidad y Consumo español (1990) reconoce como un hecho comprobado que el cambio social producido en España, en las últimas décadas, ha alcanzado de manera notable a las costumbres sexuales de los jóvenes.

El reconocimiento institucional de este cambio social ha creado retos educativos que requieren aportaciones evaluativas, entre otras, en el campo de las actitudes sexuales. En el ámbito escolar Karlsson (1985) afirma que educar a los jóvenes de los últimos grados del nivel superior puede suponer un complejo ejercicio de equilibrio, debido a la enorme variación de la madurez, actitudes y experiencia de éstos en el campo sexual. “Incluso la educación sexual bien planificada y dirigida, con una generosa participación de los alumnos, tiene inicialmente una limitada perspectiva de realidad para satisfacer las necesidades de cada joven en particular, tanto en lo que se refiere a la forma como al momento adecuado”. En opinión de Klanger y col. (1993) deberían hacerse esfuerzos para incrementar, al mismo tiempo, la cantidad de educación sexual en la escuela y para mejorar su calidad.

Es bien conocido que la escuela amplía conocimientos, pero en gran medida las bases fundamentales se han obtenido previamente en el seno familiar: moral, creencias, y una visión determinada del mundo circundante y de la sociedad. Este código ético que es transmitido por los padres, sobre todo en cuanto a predisposiciones y tendencias básicas, persiste a lo largo de la vida (Crawford, C.J. 1990).

Sin embargo, los problemas de comunicación entre padres e hijos, aún hoy, están muy extendidos. Por poner un ejemplo, en una investigación realizada por Klanger y col. (1993), hasta un 41% de los adolescentes suizos sentían que no podían hablar de sexo con sus padres.

Tampoco parecen tener igual peso para Yarber y col. (1986) las actitudes sexuales de ambos padres. De acuerdo con los resultados de este autor, las actitudes de la madre tienen una mayor relación con las de la hija que las del padre.

Pese a estas dificultades, tanto la evolución biofisiológica como la maduración psicológica permiten a la mayoría de los/las jóvenes acceder progresivamente a la experiencia sexual. Ésta, a su vez, influirá en las actitudes, y las actitudes, de forma fundamental, van a mediar en el resto de las variables, tanto a nivel de información, como de fantasías, como de expectativas (Gómez, J. 1.993). En función de estas variables y de las oportunidades del medio se desarrollará la conducta sexual con la aceptación o rechazo, más o menos congruente con el propio repertorio actitudinal, de determinados comportamientos.

Por otra parte, una valoración *a priori* de las actitudes permite distribuir a las jóvenes en un continuo según la influencia y aceptación del modelo tradicional de comportamiento sexual. Este modelo se caracteriza, entre otras cosas, “por una prescripción tradicional en lo que a comportamientos sexuales se refiere, con un rechazo hacia aspectos como la homosexualidad, el aborto o la pérdida del valor de la virginidad”, debiendo primar la afectividad en las relaciones de pareja, “siendo el sexo una manifestación de la misma que carece de valor sacado de ese contexto” (Setien, M.L. y col. 1991).

Centrándonos en la pérdida de valor de la virginidad se observa que aún existe cierta deseabilidad en llegar virgen al matrimonio.

Así, por ejemplo, un 12% de las alumnas de primer curso de la Universidad de Santiago de Compostela (Risso, A. 1986) consideraban imprescindible llegar virgen al matrimonio. Aún hoy, las connotaciones sociales y culturales frenan a las mujeres al inicio de relaciones con coito. Sirva como ejemplo, aunque geográfica y culturalmente más alejada, una investigación realizada por Youn (1996) sobre una muestra de 849 jóvenes coreanos, de 18,8 años de edad media. El autor encontró que las mujeres presentaban experiencias de coito en un 9.8% de los casos, menos de la mitad de la cifra obtenida con los hombres. Las mujeres informaban, además, que compartían con un menor número de compañeros las experiencias de besos, petting o coito.

Estas manifiestas divergencias de comportamiento con el sexo opuesto en cuanto al primer coito están influidas por condicionamientos sociales. Según Weinberg y col. (1995) en la divergencia de los estándares de comportamiento sexual hombre-mujer debe valorarse las políticas de igualdad social entre sexos y las actitudes de la sociedad hacia las relaciones prematrimoniales. Los autores, al comparar dos muestras de estudiantes norteamericanos y suecos, encuentran que las diferencias entre algunos indicadores sociales podrían explicar el nivel de divergencia entre los estándares de comportamiento sexual hombre-mujer.

Una diferencia notable en el repertorio actitudinal entre hombres y mujeres se refiere a la idea de integración sexo-amor. Berganza y col. (1989) encontraron en una muestra de adolescentes que las chicas tendían a estar más involucradas afectivamente con sus amantes que los chicos, orientados éstos hacia una sexualidad "lúdica". Las diferencias que se encuentran en esta variable son las clásicas: las diferencias que se deben a la edad, al sexo, a la religión y a las actitudes políticas (Ayestarán, S. 1.986). En los datos de Berganza y col. (1989), el 96% de las chicas adolescentes sexualmente activas planeaban casarse con su compañero sexual actual, frente al 5.5% de los chicos que planeaban esto mismo. También Setién y col. (1991) encontraron en la actitud de las universitarias ante el matrimonio que, del conjunto de variables objeto de su estudio, fueron las creencias religiosas y la afinidad política las que explicaban en mayor medida la posición respecto al tipo de unión afectiva.

Aunque la virginidad sigue siendo motivo de orgullos y vergüenzas en las mujeres a ciertas edades, Laespada y Lara (1989) encuentran en el extremo actitudinal más progresista, que la población que mayoritariamente considera aceptable que la gente casada tenga relaciones sexuales fuera del matrimonio, y que a su vez no piensa que se deba llegar virgen a éste, se caracteriza por ser una población joven, con statu social y cultural elevado, cuya forma de vida ideal sería la pareja sin llegar a casarse o el vivir con amigos; esto es, contrarios al matrimonio como institución formal.

Es bien cierto que para la expresión del afecto dentro de la pareja estable existen otros recursos además del coito, y en espera del matrimonio, una pareja conservadora puede tratar de prescindir de éste. Esta actitud fue observada en más de la mitad de las universitarias estudiantes de primer curso encuestadas por Alicia Risso (1986). Sin embargo Ésta puede ser una postura sujeta a cambio, y así, en este mismo estudio se encontraba que disminuían a menos de un tercio las estudiantes de quinto curso que no les parecía, el coito apropiado antes del matrimonio.

Además de observarse variaciones de las actitudes influidas por el paso del tiempo, existen evidencias de que la iniciación sexual depende de la maduración biológica. En un estudio realizado por Buja y col. (1996) sobre una muestra de 1.072 escolares sudafricanas, encontraron que la edad del primer coito correlaciona positivamente con la edad de la menarquía.

Un dato preocupante en las primeras experiencias de coito, es que las mujeres encuentran menos placer, menos alegría que los hombres y más miedo en las reacciones que sugiere la sexualidad. Estas son, según Ayestarán (1986), “pequeñas “diferencias de grado”, llamando la atención la similitud o proximidad que existe entre ambos sexos en cuanto a la estructura general de las reacciones frente a la experiencia sexual.

También Youn (1996), en una muestra de jóvenes coreanas, ha observado que éstas presentaban menor satisfacción en las experiencias recientes de coito en comparación con sus iguales masculinos, informando la mitad de ellas de una respuesta neutra en dicha experiencia. Setién y col. (1991) encuentran en universitarias que los sentimientos que expresan negatividad (elegidos por un 12.5%), disminuyen al aumentar la edad, ya que se hace más relevante la experiencia sexual de las estudiantes. Las que en mayor proporción eligen “agrado” y “placer” son las universitarias mayores de 22 años, mientras que las de 17 a 21 años eligen más el “miedo” y la “curiosidad”.

Con otra muestra de universitarias, Darling y col. (1986) encontraron que tan solo el 28% de las mujeres con experiencia de coito quedaron satisfechas psicológicamente después de su primera experiencia. Este dato contrasta con un abrumador 81% de hombres satisfechos. La insatisfacción de las universitarias se centraba en una insuficiente estimulación de sus senos, relaciones sexuales dolorosas, y sentimientos de culpabilidad y de miedo.

También son las mujeres las que tienen más sentimientos de preocupación relacionados con la masturbación. A partir de una muestra de 1.220 adolescentes de Malasia, Zulkifli y col. (1995) encontraron que en relación a la masturbación, los hombres comienzan con esta práctica relativamente mas temprano que las mujeres. Los autores señalan que la mitad de los que se entregaron a masturbación acabaron preocupados por esta actividad, especialmente las mujeres.

La masturbación, las relaciones prematrimoniales, la información sexual, los condicionamientos sociales, etc., conforman en torno a la sexualidad una muestra de elementos que pueden ser utilizados para medir actitudes sexuales. Desde un punto de vista metodológico son diversas las formulaciones de actitud sexual recogidas en la literatura científica.

Vamos a entender, en esta investigación, como actitudes sexuales aquellas predisposiciones condicionadas por valores personales, que orientan la acción hacia una conducta sexual determinada ante una situación o ante un objeto concreto, teniendo su origen precisamente en la experiencia sexual previa, directa o indirecta, que se encarga de establecer una asociación más o menos organizada y estable entre un conjunto de creencias y estos objetos o situaciones.

Centrándonos en el extremo actitudinal más conservador, vamos a asumir como actitudes sexuales conservadoras aquéllas que están determinadas por valores sociales que en un pasado cercano han tenido un grado de generalización amplio, que caracterizan precisamente su naturaleza tradicional, sufriendo en la actualidad controversia o un decremento en su aceptación.

La formulación de actitud sexual como una predisposición hacia determinado comportamiento presupone una relación con la conducta sexual significativa. En este sentido nos hemos inclinado en estudiar cómo el nivel de experiencia sexual de las mujeres jóvenes se relaciona y estructura con relación a sus actitudes conservadoras o progresistas.

Sin embargo, la información obtenida por las jóvenes puede sufrir un sesgo importante debido a la deseabilidad social de determinados comportamientos o a la ausencia de ellos. Davoli y col. (1992) encontraron que la recogida de información en el ámbito de la conducta sexual mediante entrevista, tendía a infravalorar la experiencia de coito con respecto a la utilización de un cuestionario. La recogida de información se realizó en 383 estudiantes italianos de secundaria con una separación entre autoinforme y entrevista de entre 2 y 4 semanas. Los coeficientes de correlación o valores kappa fueron todos mayores de 0.7 para la prevalencia de la experiencia coital, edad de la primera relación y la edad del primer compañero.

En consecuencia nos hemos inclinado por la utilización de cuestionarios anónimos, tratando que sus reactivos formen un instrumento de medida fiable y sean suficientemente diversos para captar una información relevante.

En este sentido se ha elegido un cuestionario como el propuesto por Walter W. Hudson y col. en 1.983, que *a priori* parece cumplir suficientemente estas condiciones.

METODOLOGÍA

La muestra empleada en este estudio está compuesta por 560 mujeres voluntarias de la Comunidad Autónoma de Euskadi, de las cuales 159 pertenecían al Territorio Histórico de Araba, 200 al de Bizkaia y 151 al de Gipuzkoa. Sus edades estaban comprendidas entre los 16 y 18 años, siendo estudiantes de B.U.P., C.O.U, FP o R.E.M., de un total de doce centros escolares.

Instrumentos y procedimiento

Con el objeto de recoger información acerca del comportamiento sexual de los sujetos se ha utilizado un ‘Cuestionario de Comportamientos Sexuales’ (García, M. y Valle, L. 1.992) y la ya avanzada ‘Escala de Actitud Sexual’ (Hudson, W. W. y otros 1.983).

La información correspondiente a nuestra variable dependiente, estaba contenida en el Cuestionario de Comportamiento Sexual atendiendo al siguiente enunciado: ‘‘Has tenido experiencias sexuales? ¿De qué tipo?’’.

Pudiendo tomar la respuesta los siguientes valores:

- No, ninguna.
- Abrazos, caricias, besos.
- Meter mano (todo menos coito).
- Hacer el amor (coito).

Aparte de los cuestionarios sobre comportamientos y actitudes empleados, se ha tomado de los sujetos información de su perfil social: edad, lugar de nacimiento, lugar de residencia, religión, profesión del padre y de la madre, para permitir una caracterización precisa de las participantes.

Estos cuestionarios se rellenaron en las propias aulas de los centros visitados por dos encuestadoras.

Análisis de datos

A partir de aquí, se ha realizado un análisis factorial canónico con el objeto de obtener funciones tales, de las preguntas del cuestionario de actitudes sexuales, que hicieran máxima su relación con la variable dependiente. La técnica empleada para seleccionar las variables contenidas en este análisis fue el llamado "Stepwise", utilizando como criterio para introducir las variables aquellas que consecutivamente maximizaran entre grupos la distancia de Mahalanobis mínima. Previamente, dichas variables fueron transformadas para ajustarlas a una distribución normal sustituyendo sus valores por aquellos que debieran corresponderles si la distribución fuera realmente normal.

Al ser 4 grupos los contenidos en la Variable Dependiente, tres son las funciones canónicas que como máximo pueden generarse en el análisis. Estas funciones fueron sometidas a una rotación varimax a partir de una matriz de estructura factorial obtenida. Esta matriz contenía también aquellas variables que no fueron seleccionadas en el paso anterior con el objeto de dar un tratamiento global al cuestionario analizado.

Con la finalidad de comprobar que diferencias generaban los distintos reactivos del cuestionario de comportamientos sexuales, incluida la variable dependiente, así como otros datos de interés se han realizado análisis de varianza de un factor con las funciones resultantes del análisis factorial. La necesaria homogeneidad de las varianzas de los grupos de este análisis ha sido contrastada con dos pruebas: la C de Cochran y la F de Bartlett-Box, informándonos de qué grupos tenían medias significativamente distintas con la comparación múltiple de medias de Scheffé.

En todos los contrastes realizados ha sido del 95% el nivel de confianza empleado, omitiendo los resultados de estas pruebas si estos no eran significativos.

RESULTADOS

Tenemos cuatro grupos de adolescentes, de los cuales, el primero de ellos está formado por 74 componentes que declararon en el cuestionario de conductas sexuales no haber tenido ninguna relación sexual. El siguiente grupo de nuestra variable dependiente, está formado por 143 adolescentes que dicen haber tenido experiencias tales como abrazos, caricias y besos. 77 adolescentes dijeron haber tenido experiencias de "Meter Mano" y 89 declararon haber realizado el coito.

Se ha obtenido con esta muestra un coeficiente alfa de 0.81 lo que indica una aceptable consistencia interna para el cuestionario de HUDSON y col. (1983) para un número reducido de ítems.

Tres funciones todas ellas significativas fueron extraídas a partir de 17 de las 25 preguntas del cuestionario. En concreto, la primera función tiene una correlación canónica de 0.4318 ($\text{Chi}^2_{51}=135.538$; $p<0.0001$), la segunda de 0.2847 ($\text{Chi}^2_{32}=58.892$; $p=0.0026$), y la tercera de 0.2670 ($\text{Chi}^2_{15}=27.485$; $p=0.025$). Las matrices factoriales y de coeficientes se recogen en el anexo.

Factor 1

La función 1 según el test de Kolmogorov-Smirnov no difiere significativamente de la Normal ($p=0.120$).

Este factor hace máximas las distancias entre el centroide del grupo de mínima experiencia sexual que toma un valor de 0.79254 y el del grupo de máxima experiencia que vale -0.56862. El análisis de varianza con la variable dependiente, revela diferencias significativas entre los cuatro grupos ($F_{3,411}=29.0476$; $MC=29.4392$; $p<0.0001$). En cuanto a la homogeneidad de las varianzas apuntar un valor significativo para la F de Bartlett-Box ($F=3.334$, $p=0.019$). Si realizamos una comparación múltiple de medias, obtenemos no sólo diferencias entre el primer y cuarto grupo, como sería de esperar de acuerdo con el valor de las coordenadas de los centroides en este factor, sino también entre el primero y tercero, primero y segundo, y segundo y cuarto.

La edad parece ser una variable que crea diferencias significativas a la hora de puntuar en este factor ($F_{2,412}=3.9136$; $MC=4.6308$; $p=0.0207$). El grupo de 16 años que tiene una media de 0.2095 en este factor difiere significativamente del 0. El 38 del grupo de 17 años. A su vez, observamos que a un nivel de confianza del 95% las distribuciones de frecuencias entre el grupo de 17 años, del -0.2729 al 0.0453, y el grupo de 18 años, del -0.2961 al 0.0642, se solapan casi absolutamente. Como indicador negativo de estos resultados es el referido a la necesaria homogeneidad de las varianzas tomando la C de Cochran un valor de 0.4158 ($p=0.022$).

En cuanto a la religión es una variable que aparece relacionada significativamente con este factor ($F_{4,410}=3.3527$; $MC=3.9969$; $p=0.0102$). A simple vista observamos que entre los dos grupos más numerosos, el de católicos practicantes con 146 componentes y el de católicos no practicantes formado por 197 sujetos, existe una notable diferencia en la forma en la que se distribuyen los valores de este factor para los dos grupos. Así, el 95% de los casos que se distribuyen en torno a la media del grupo de católicos no practicantes (-0.1470) están comprendidos entre -0.2973 y 0.0032, siendo para los católicos practicantes de media 0.2126 y comprendidos entre 0.0290 y 0.3962. Como se observa, estos dos intervalos no se solapan en absoluto.

Comentar también que 25 personas con puntuación en este factor se declararon agnósticos, 37 ateos y 10 como pertenecientes a otras religiones. Tanto la varianza máxima como la mínima correspondía a uno de estos tres grupos. Esto último puede explicar los resultados obtenidos para la C de Cochran ($C=0.4462$, $p<0.001$) y para la F de Bartlett-Box ($F=2.817$, $p=0.024$).

Esta dimensión actitudinal parece tener algo que ver con la ocurrencia en determinados lugares de lo que las adolescentes han valorado como su primera experiencia sexual ($F_{5,261}=2.4035$; $MC=2.108$; $p=0.0374$). De las 267 adolescentes que informaron sobre las condiciones en las que se dieron sus primeras relaciones sexuales, el grupo más numeroso (130) lo constituía el formado por aquellas que afirmaron que tuvieron lugar al aire libre. Este grupo era el más moderado al puntuar en este factor, teniendo un valor de -0.1641 su media. Los valores más extremos, -0.7237 y -0.6143 eran los correspondientes a los grupos en los que la relación se había dado en un hotel (6 adolescentes) o en un coche (22 adolescentes) respectivamente. En el domicilio propio o en el de algún conocido afirmaron 41 adolescentes en el primer caso con una media de -0.5959 y 21 en el segundo caso siendo -0.5549 el valor de la media. Por último, 47 informaron que el suceso ocurrió en otro lugar. Para este grupo la media fue de -0.2503 .

Otra respuesta a considerar es la dada a la pregunta de si llegaron al orgasmo en su primer coito ($F_{2,97}=3.11$; $MC=2.8162$; $p=0.0490$). El grupo de 16 adolescentes que afirmaron no haber tenido orgasmo tiene una media de -0.6974 , con un intervalo de confianza que oscila entre un mínimo de -0.9423 y un -0.4524 como máximo. Este último valor queda muy próximo de -0.4790 que es el intervalo inferior del grupo formado por aquellas que sí tuvieron orgasmo. El intervalo superior para este grupo es 0.4149 y -0.0320 la media. El último grupo, el de aquellas que no sabían si habían tenido orgasmo oscilaban entre -1.0452 y -0.2021 con lo que esta distribución abarcaría a la del primer grupo (no orgasmo) y se adentraría algo en el grupo de las que sí tuvieron orgasmo. Por último en relación a esta variable hacer notar que la media de las que no sabían si habían tenido orgasmo (-0.6236), es muy similar al de las que no lo habían tenido.

Factor 2

De la misma manera que la función anterior, la función 2 tampoco guarda una distribución significativamente distinta de la Normal según la prueba de Kolmogorov-Smirnov ($p=0.784$).

Atendiendo también a los valores de los centroides, vemos que en la función 2 es máxima la distancia entre el primer grupo (0.49011) y el segundo grupo (-0.32298). En efecto, un análisis de varianza revela que existen diferencias significativas entre al menos dos de los grupos de la variable dependiente ($F_{3,41}=11.8869$; $MC=12.31$; $p<0.0001$). La prueba de Scheffé confirma la distinción entre el primer y segundo grupo, el primero y tercero, así como del segundo y cuarto.

Se ha obtenido diferencias significativas en esta función dependiendo de cual fuera el Territorio Histórico de residencia de los sujetos de la muestra ($F_{2,412}=3.2907$; $MC=3.6384$; $p=0.0382$). También se producen diferencias significativas al considerar el tipo de enseñanza que están recibiendo las alumnas: BUP, COU, REM o FP ($F_{3,411}=4.4662$; $MC=4.8677$; $p=0.0042$). Los grupos cuya media difería según la prueba de Scheffé han sido el de COU y el de FP. Se han encontrado también valores significativamente distintos de las medias atendiendo a los resultados por centro de estudios ($F_{1,403}=3.3655$; $MC=3.5257$; $p=0.0002$). Sin embargo, el test de Scheffé no ha resultado lo suficientemente potente como para detectar entre que pares de grupos existían medias significativas.

Otra relación significativa encontrada con este factor ha sido la referida a la reacción en la primera relación ($F_{6,272}=2.7412$; $MC=3.0244$, $p=0.0133$) con varianzas desiguales en los distintos grupos (F de Bartlett-Box= 2.675 , $p=0.013$). Destacar sin embargo que 113 de las 279 adolescentes dijeron haber reaccionado con agrado, distribuyéndose el 95% de los casos entre -0.4337 y -0.0141 . El grupo quizá más discordante con el anterior fue el formado por los 66 casos que afirmaron haber sentido vergüenza, en un intervalo entre -0.0212 y 0.3849 , seguido por las 55 que sintieron miedo comprendidas también en el 95% de los casos entre -0.2601 y 0.4047 como límite superior.

Factor 3

Tal y como ha venido ocurriendo con las anteriores funciones la distribución del factor 3 no difiere significativamente de una distribución Normal.

Si realizamos un análisis de varianza tomando como variable dependiente la función 3, y como independiente la formada por los cuatro grupos objeto de estudio, observamos que existen entre sus medias algunas con valores significativamente distintos ($F_{3,411}=10.3535$; $MC=10.4529$; $p<0.0001$). Realizada una comparación múltiple de medias con el método de Scheffé, obtenemos diferencias significativas entre el segundo y tercer grupo, y entre el tercer y cuarto grupo, a un nivel de confianza del 95%. Esta observación se apoya con el hecho de que la función 3 tiene como centroides más distantes el tercer grupo con un valor de -0.51852 y los centroides de los grupos segundo y cuarto con un valor casi idéntico: 0.20529 y 0.21512 respectivamente.

En este factor se ha encontrado diferencias significativas al agrupar a los sujetos atendiendo a su lugar de residencia ($F_{2,412}=15.6851$; $MC=15.709$; $p<0.0001$). En concreto, las estudiantes Alavesas puntúan más alto en este factor que sus compañeras de los Territorios Históricos de Bizkaia y Gipuzkoa. De todas formas habría que tomar con cierta precaución este resultado al quizá no cumplirse el supuesto de homogeneidad de las varianzas de los grupos del análisis de varianza practicado según la prueba C de Cochran ($C=0.4061$, $p=0.046$).

Otra variable que crea diferencias es el tipo de enseñanza que reciben las alumnas ($F_{3,411}=11.5979$; $MC=11.6111$; $p<0.0001$) siendo las de Formación Profesional las que presentan una media más elevada comparada con las de BUP y COU.

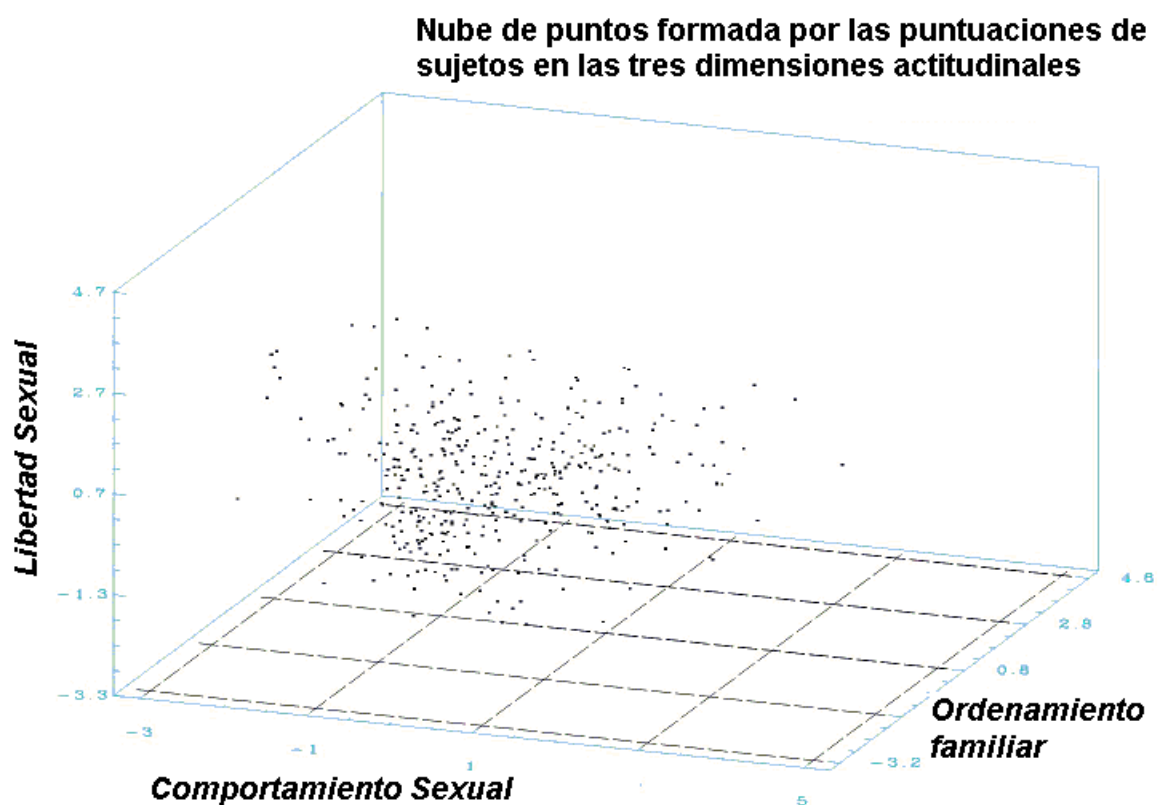
El centro escolar parece también relacionado con este factor ($F_{11,403}=6.0207$; $MC=5.7250$; $p=0.0001$). Sin embargo, este resultado debe ser tomado con cierta cautela al resultar significativa la C de Cochran ($C=0.1484$, $p=0.024$). A partir de la prueba de Scheffé sabemos que existen diferencias entre uno de los cuatro centros del Territorio de Araba con otros cuatro centros, dos de Bizkaia y dos de Gipuzkoa, siendo el centro de Araba el que mayor puntuación media tiene en este factor de los doce centros estudiados.

También parece existir relación entre la religión de las adolescentes y la puntuación en este factor ($F_{4,410}=4.8974$; $MC=5.0924$; $p=0.0007$). Atendiendo a la prueba de Scheffé existe diferencias significativas entre el grupo de los agnósticos y el grupo de los católicos practicantes, que tienen una media de -0.6396 y de 0.1942 respectivamente.

Aunque en esta prueba no ha resultado significativa, en cuanto a la diferencia entre los católicos practicantes y ateos debemos hacer notar que el 95% central de casos de este último grupo está acotado entre -0.6762 y 0.0236, siendo este intervalo superior prácticamente coincidente con el intervalo inferior del grupo de católicos practicantes, que toma un valor de 0.0222 y que se eleva a 0.3663 para su intervalo superior.

Debemos mencionar la relación existente entre este factor y el lugar donde tuvieron lugar las primeras relaciones de las adolescentes ($F_{5,261}=5.1024$; $MC=4.961$; $p=0.0002$), a pesar de que tengamos algunos reparos en cuanto a la homogeneidad de las varianzas ($C=0.2770$, $p=0.007$). Como contrapunto destacar que la prueba de Scheffé ha dado como grupos significativamente distintos a los dos que tienen menores varianzas, esto es el grupo que afirmó que sus primeras relaciones sexuales se dieron en un lugar distinto al propuesto en las cinco alternativas anteriores a esta pregunta y el grupo que dijo que el suceso ocurrió al aire libre. El primer grupo estaba formado por 47 adolescentes y por 130 el segundo, siendo sus medias de 0.2806 y -0.3149 respectivamente.

Se ha obtenido una relación significativa con la pregunta sobre razones para no utilizar un método anticonceptivo ($F_{4,160}=2.9620$; $MC=3.0366$; $p=0.0215$). Sin embargo, las diferencias entre los grupos no están claras. A lo sumo apuntar que las que dieron como razón lo inesperado de la relación se movían en un intervalo entre -0.2510 y 0.3056 algo divergente de los valores 0.2644 y 0.7590 que tomaba el grupo de las que no han sabido dar una razón. Las medias de estos dos grupos fueron 0.0273 y 0.5117 respectivamente.



Tenemos, por último para esta función una relación significativa con la reacción que produjo la primera relación ($F_{6,272}=2.718$; $MC=2.873$ $p=0.014$), tal como agrado, desagrado, vergüenza, miedo, etc.

De todas formas, para tener estos factores una media de 0 y una desviación típica de 1, las distancias entre los centroides, no son excesivamente grandes para ninguno de los tres factores.

CONCLUSIONES

En la muestra utilizada en esta investigación, el test de Hudson y col. (1983) ha demostrado una aceptable consistencia interna (Alfa= 0.81). Esta consistencia interna ha venido acompañada de una significativa relación entre tres funciones obtenidas a partir de sus ítems y de la experiencia sexual directa reconocida por las encuestadas.

Como ya dijimos en la introducción, el hecho mismo de la existencia de esta relación entre la experiencia y aquellas actitudes que se miden en este test, valida su objetivo final. Que en términos absolutos esta relación no sea elevada, no anula la idea de la existencia de una “predisposición” y, por tanto, de actitudes hacia determinado comportamiento.

El análisis de estas tres funciones obtenidas, que tienen la peculiaridad de hacer máximas las diferencias entre los niveles de experiencia estudiados, introduce matices de interés en el conocimiento de las actitudes sexuales de las mujeres jóvenes y de la estructura interna del cuestionario de Hudson y col.

La primera función maximiza las diferencias entre el nivel de experiencia más elevado respecto al de mínima experiencia. En este sentido, puede considerarse este factor como un reflejo actitudinal de aquello que hay de progresivo y ordenado en la adquisición de la experiencia sexual. El hecho de que exista una relación significativa con la edad de las encuestadas apoya esta idea, introduciendo la posibilidad de que se estén midiendo aspectos madurativos de las actitudes.

Sin embargo, la utilidad diferenciadora de esta función no queda aquí, distanciando el nivel de mínima experiencia de sus dos niveles inmediatamente posteriores. Otro tanto ocurre con el segundo nivel y el de máxima experiencia.

Compaginando los resultados estadísticos y el contenido de las preguntas del test, podemos aventurar que la primera función tiene que ver con la actitud de las adolescentes hacia la conducta sexual “per se”, léase: caricias sexuales, pornografía, coito, masturbación. Este factor aparece representado en el gráfico sobre el eje abscisas con la etiqueta “comportamiento sexual”.

De todas formas, como puede apreciarse en la matriz factorial rotada del Anexo, la estructura matricial que analizamos no es sencilla, ya que varias preguntas importantes para este factor guardan relaciones apreciables con otros. Este último es el caso de la segunda y tercera pregunta que más saturan en este factor. Estas dos preguntas guardan relación con este factor en cuanto implican al comportamiento sexual en su totalidad y de una forma inespecífica: sexualidad y educación sexual condicionada al matrimonio. Esta alusión al matrimonio parece ser el motivo, como veremos, de que cuenten con un importante peso, si bien menor, en el segundo factor.

En esta “actitud hacia el comportamiento sexual” observamos una notable diferencia entre las adolescentes de 16 y 17 años, salto decreciente en conservadurismo que, sin embargo, no se observa entre los grupos de 17 y 18 años. No sólo aspectos madurativos hacen variar esta visión del comportamiento sexual, el catolicismo, cuando éste tiene una intensidad suficiente como para ser practicado, eleva la puntuación del factor. Los valores religiosos condicionan una evaluación negativa prederterminada, haciendo sólo asumibles estos comportamientos en determinados contextos morales. Se constata, por tanto, que el catolicismo actúa como un freno de la evolución de las actitudes sexuales que se producen con la edad.

Puntuaciones negativas extremas no son garantía de una sexualidad óptima. Paradójicamente, y aunque no sea un indicador de satisfacción muy representativo, pueden darse puntuaciones negativas extremas entre aquellas adolescentes que han afirmado no haber llegado al orgasmo en su primer coito, y en una parte de las que no saben si llegaron o no.

Esto último se explicaría por la posibilidad de que la adolescente haga gala, al comienzo de sus relaciones, de una visión deshinibida y precipitada, a pesar de que no sepa bien qué desea del sexo, o si en realidad desea algo. Tampoco ayudan los problemas de comunicación en la pareja, y más en concreto los de la adolescente, a la hora de expresar sus deseos sexuales.

También puede tener algo que ver con las actitudes recogidas en el tercer factor, pero no de una forma clara, la elección del lugar en el que se dieron lo que se considera como primera relación sexual, así como con algunas motivaciones para no utilizar métodos anticonceptivos.

En cuanto al segundo factor, señalar que está orientado a valorar la sexualidad dentro del “ordenamiento familiar”. Queda este extremo de manifiesto al analizar el contenido de algunas de las preguntas que más saturan este factor: familia, relaciones prematrimoniales, procreación... A diferencia del primer factor los comportamientos sexuales no son evaluados en sí mismos, si no por el papel que deben jugar en el entorno familiar y de pareja.

Otras preguntas importantes para este factor parecen medir cierta necesaria discreción de la sexualidad en el entorno social inmediato, incluido en 61 el familiar, tal como ocurre en temas como las charlas, la información y educación, o el cine. En el gráfico este factor aparece representado en el eje de ordenadas bajo la etiqueta “ordenamiento familiar”.

El segundo factor tiene un papel de catalizador debido a su función de propiciar o entorpecer, tanto el inicio de alguna actividad sexual, como el paso del petting al coito. Este factor introduce matices en grupos tan próximos entre sí en la variable dependiente como el de las que no han tenido ninguna experiencia sexual de las que han tenido experiencias tales como abrazos, caricias,... También introduce matices entre otros pares más alejados, como el anterior con respecto al grupo con experiencias de coito, y entre el que no ha tenido ninguna experiencia con el que han tenido experiencias de petting.

Es posible que la puntuación en este factor pueda verse afectada por el contexto de las jóvenes, a la vista de las diferencias encontrada según el lugar de residencia o por el tipo de estudios que estén cursando.

Sorprende la ausencia de una correlación significativa de este factor con la variable religión. Con esto podemos afirmar que la religión no influye en el comportamiento sexual de las jóvenes a través de esta dimensión actitudinal. Una explicación de este hecho puede ser que aunque el mensaje del catolicismo ha sido muy claro en tomo a estas cuestiones, en este momento las actitudes relacionadas con el papel del sexo en las relaciones familiares ha tomado entidad propia y se ha desligado de creencias religiosas.

Esta observación no impide que, analizadas por separado, determinadas preguntas del cuestionario aparezcan relacionadas con la religión. Sin embargo, una combinación lineal de varias de ellas, en la presente investigación, no producen una relación significativa con la religión. Otro razonamiento que puede apoyar esta idea es la posibilidad de que la concepción de esta dimensión actitudinal aparezca vinculada con la religión indirectamente a través del medio social en general y la escuela en particular.

La ausencia de relación obtenida entre la religión y las actitudes sexuales dentro del ordenamiento familiar, que debería ser confirmada en investigaciones posteriores, justifica la utilización de algunas restricciones a la hora de estudiar las actitudes sexuales. En esta investigación, partiendo de la propia definición de actitud sexual, se ha forzado el hacer máxima la relación entre las actitudes y el comportamiento sexual, lo que ha dado lugar ha conclusiones distintas de las inicialmente predecibles.

Por otra parte, las reacciones de agrado en la primera relación sexual se dieron en un estrecho margen negativo de alrededor de medio punto por debajo de la media. A pesar de ello, otras reacciones no positivas se solapan con estos mismos valores. A diferencia de las reacciones de agrado, las reacciones de vergüenza prácticamente se distribuyen en este factor en un intervalo positivo.

En cuanto a los sentimientos de vergüenza, recordar la sensación de estupor que algunos adolescentes sienten cuando sus hermanos menores están frente a algún estímulo sexual, quizá ante la idea de que éstos no son buenos para ellos. Las imágenes de cuerpos desnudos, la información sexual, los cotilleos, en el contexto familiar a menudo producen cierta incomodidad. Este sentimiento es el mismo que los padres de la adolescente sienten con su hija y la manifestación más clara de los problemas de comunicación familiares con respecto a la sexualidad.

Estas observaciones nos hacen pensar en cierta responsabilidad del entorno inmediato y de los valores familiares en la satisfacción que se produce en las primeras relaciones sexuales.

El tercer factor hace referencia a la libertad sexual con preguntas que además mencionan explícitamente la libertad sexual, aprobación, indulgencia, prohibición, etc.

También hacen referencia a colectivos como los homosexuales, adolescentes y minusválidos, hacia los que su sexualidad ha sido cuestionada por la tradición conservadora. De la nube de puntos del gráfico que representa al conjunto de las jóvenes estudiadas, el tercer factor conforma el tercer eje de coordenadas bajo la etiqueta "Libertad sexual".

Este factor parece encaminado a discriminar el grupo que ha tenido experiencias de petting y de "caricias, abrazos..." con el grupo que ha realizado el coito. Este resultado tiene una difícil explicación.

Quizá en determinadas etapas del desarrollo sexual se sea más liberal con el entorno. De esta manera quizá el coito, que a menudo es visto como el final de un viaje, imprima en las adolescentes una actitud hacia la libertad sexual más moderada que se comparte con aquellas que han iniciado su andadura pero que no se han ido más allá.

También puede ocurrir que en este grupo se integren jóvenes con elevada disponibilidad hacia el coito y, en realidad para este grupo, este factor refleje una demanda implícita de libertad sexual. Esto mismo sería de aplicación si el grupo encubriera a jóvenes que han tenido experiencias sexuales y no se atreven a confesarlo.

Con todo, las actitudes hacia la libertad sexual también parecen tener algo que ver de alguna manera con el lugar donde se dieron las primeras relaciones sexuales y la reacción que estas produjeron en las adolescentes.

Por otra parte, se observa una relación importante con las creencias religiosas de las adolescentes, diferenciándose las agnósticas y las ateas de las católicas practicantes, obteniendo este último grupo las puntuaciones más elevadas. Esto es debido, sin duda, a que la libertad sexual es un tema clásico dentro de la moral católica.

Mediada por esta dimensión actitudinal, el fenómeno religioso produce una disminución en la probabilidad de que aparezca una experiencia de coito. Un posicionamiento extremo de signo contrario, facilita la aparición de esta conducta.

Este resultado que muestra diferencias entre posicionamientos religiosos extremos en materia de libertad sexual, contrasta con los obtenidos con el primer factor, en el que el efecto de la religión se movía en niveles de practicante o no practicante del catolicismo, es decir, se trataba de valores de la variable contiguos.

Por tanto, dos caminos en la contención de la actividad sexual son producidos por la religión: uno a través de una evaluación de determinadas actividades sexuales, otro a través de posiciones conservadoras en materia de libertad sexual.

Sin embargo los valores morales en tomo a la libertad sexual no son exclusivos de la religión, y habría que hacerlos extensivos a la sociedad en general. De hecho, el medio social parece estar relacionado con la puntuación en esta dimensión actitudinal. Como en el factor anterior, hay relación con variables contextuales tales como el lugar de residencia, el centro escolar donde cursan estudios y el tipo de enseñanza recibida.

También el contexto social extiende su influencia a través de las opiniones sobre la función otorgada a la sexualidad en la convivencia de la pareja y sobre la libertad sexual.

Si buscamos una mayor congruencia entre el comportamiento de nuestras jóvenes y sus actitudes sexuales previas, parece haber un camino claro en la maduración del papel que debe jugar la sexualidad en la familia. La razón es la intervención de estas actitudes en la iniciación de los primeros contactos sexuales.

Otro tanto ocurre con las ideas que se tengan en tomo a la libertad sexual. Su importancia radica en la capacidad para darse a sí misma la libertad de actuación suficiente como para permitirse la experiencia del coito.

Estamos seguros de que la maduración de estas dos dimensiones actitudinales a través de medidas educativas permitiría experiencias sexuales más satisfactorias.

BIBLIOGRAFÍA

AYESTARÁN, S. (1986). Afectividad y sexualidad. En: Gobierno Vasco. *Juventud vasca (1986)*. Departamento de Cultura y Turismo. Vitoria-Gasteiz.

BERGANZA, C. E.; PEYRE, C. A.; AGUILAR, G. (1989). Sexual attitudes and behavior of Guatemalan teenagers: considerations for prevention of adolescent pregnancy. *Adolescence* 24(94) 327-337.

DAVOLI, M.; PERUCCI, C. A.; SANGALLI, M.; BRANCATO, G.; DELL'UOMO, G. (1992). Reliability of sexual behavior data among high school students in Rome. *Epidemiology* 3(6) 531-535.

BUJA, G. A.; AMOKO, D. H.; NCAYIYANA, D. J. (1996). Adolescent sexual behaviour, knowledge and attitudes to sexuality among school girls in Transkei, South Africa. *East Afr. Med. J.* 73(2) 95-100.

CRAWFORD, C. J. (1990). *Familia y sociedad*. En: ESPINA, A. (Dir.); DE PAUL, J. (Coor.). *Las relaciones familiares y sus problemáticas*. Servicio Editorial Universidad del País Vasco. Bilbao.

DARLING, C.A.; DAVIDSON, J. K. (1986). Coitally active university students: sexual behaviors, concerns, and challenges. *Adolescence* 21(82) 403-419 .

GARCIA, M.; VALLE, L. (1992). *Sexualidad femenina: satisfacción, comportamientos y actitudes*. Inédito.

HUDSON Y COL. (1983). A short-Form Scale to measure Liberal versus Conservative Orientations towards human sexual expression. *The Journal of Sex Research*. 19(3) 258-272. Adaptada al castellano por Felix López.

KARLSSON, H.-J. (1985). La educación sexual en las escuelas públicas. En: MINISTERIO DE CULTURA. *Jornadas de Trabajo sobre sexualidad*. Instituto de la Mujer. Barcelona, Abril de 1985.

KLANGER, B.; TYDEN, T.; RUUSUVAARA, L. (1993). Sexual behavior among adolescents in Uppsala, Sweden. *J. Adolesc. Health* 14(6) 468-474.

LAESPADA, M. T.; LARA, Y. (1989). *Sexualidad (Datos 1.989)*. Gabinete de Prospección Sociológica del Gobierno Vasco. Vitoria-Gasteiz.

MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO (1990). *Informe sobre embarazo en adolescentes y jóvenes*. Subdirección General de Programas de Promoción y Prevención.

RISSO, A. (1986). *La sexualidad femenina*. Universidad de Santiago de Compostela. Monografía N° 103.

SETIEN, M. L.; BLAS, L.; EMAZABEL, M. J.; GANDARIAS, E.; LOPEZ, A. (1991). *Jóvenes vascas hoy: Las estudiantes universitarias*. Universidad de Deusto. Bilbao.

WEINBERG, M. S.; LOTTES, I. L.; SHAVER, F. M. (1995). Swedish or American heterosexual college youth: who is more permissive? *Arch. Sex. Behav.* 24(4) 409-437.

YARBER, W. L.; GREER, J.M. (1986). The relationship between the sexual attitudes of parents and their college daughters' or sons' sexual attitudes and sexual behavior. *J. Sch. Health* 56(2) 68-72.

YOUN, G. (1996). Sexual activities and attitudes of adolescent Koreans. *Arch. Sex. Behav.* 25(6) 629-643.

ZULKIFLI, S. N.; LOW, W. Y.; YUSOF, K. (1995). Sexual activities of Malaysian adolescents. *Med. J. Malaysia* 50(1) 4-10.